

sino que despues de aparecido se piense en la desgracia y se mande matar el gato por librarse de ella.

—Y yo creo que debe ser así porque desde anoche estoy pensando que algo les va á suceder á los amos en esta expedición.

—Eso es seguro, ya sabe usted que Dios no se queda con nada; *no de envalde* he derramado tantas lágrimas; pero estoy segura de que el pícaro del lacayo es el primero que va á pagar.

—En fin, dijo Santos retirándose de la puerta, que se haga en todo la voluntad de Dios, aunque no por eso he de cejar de rogar á su Divina Magestad que libre á los amos de una desgracia.

Y diciendo esto cerró el zaguán y se metió á su cuarto, en donde reinaba ya, como en toda la casa, el más pavoroso silencio.



CAPÍTULO II.

LA PRIMERA JORNADA.

CAMINABAN los carruajes velozmente con el primer arranque de los vigorosos animales que los tiraban, y los viajeros veían sucederse unos á otros los mil rótulos de las calles del Coliseo, Vergara y San Andrés, con una rapidez extraordinaria.

—¡Adios, México! decía Castaños que era hombre á quien Dios no había llamado á los caminos, pues sólo en expediciones del género de aquella se le veía.

El primer cuento que contó aplicándo-

selo á sí mismo, fué aquél bien sabido de un señor Ormaechea que al llegar á Cuautitlán exclamó: ¡qué grande es la República!

Castaños conocía todos los alrededores de México, pero nunca había hecho un viaje de más de seis leguas.

En el mismo predicamento se encontraban las señoras que iban en el coche con Castaños. La una era una señora tía, doncella de edad madura, rezadora y comodina, llena de amistades y circunstancias; la otra joven la Carolina, desgraciada en amores y pronta á casarse hasta con Castaños, cosa que (aunque Castaños no era enteramente despreciable) sólo á ella le había ocurrido.

Cuando los coches entraron en la calzada rodando sobre tierra y el ruido fué menos molesto, se pudo entablar una conversación más reposada.

—¿No ha notado usted, Luisita, dijo entonces Castaños á la tía, que Carlos está muy preocupado?

—Ese es su carácter, yo creo que los

hombres que han vivido como él en medio de los placeres y las comodidades en Europa, acaban por saciarse.

—No obstante, yo lo encuentro más abstraído que de ordinario.

—¿Lo dice usted por lo del gato negro?

—Sí, entre otras cosas: ¿no le parece á usted muy raro que una persona tan ilustrada abrigue semejantes preocupaciones?

—Qué quiere usted, hija, todos las tenemos; yo, por ejemplo, nunca me siento á una mesa en donde hay trece personas.

—Pero eso es una preocupación extranjera y usted á lo que creo no ha vivido en Europa.

—No, hija mía; pero la he adquirido, es la cosa más fácil hacerse uno partidario de esas extravagancias.

—Sea de ello lo que fuere, el señor don Carlos está muy triste.

—¿Usted qué dice, padre González?

El padre González estaba á la derecha de Castaños.

—Yo veo poco al señor don Carlos, dijo

gravemente el padre, después de haberse tragado de golpe el resto de una oración de su Oficio divino.

—Ya interrumpió usted al padre en sus oraciones, dijo Luisita á Castaños.

—Usted me disimule, padre, fué una inadvertencia.

Después de caminar más de tres horas sin ninguna interrupción, la comitiva paró en una hacienda donde debía tomarse el almuerzo.

Bajaron las señoras de los coches y aquella respetable caravana fué recibida por el dueño de la finca, con las mayores muestras de atención.

Estaba ya servido un suculento almuerzo y los viajeros no tuvieron tiempo sino de sentarse á la mesa.

—¡Jesús qué polvo! decía una señora.

—El velo de Chona parece aplomado.

—Y las patillas de Castaños parecen nidos de golondrinas, dijo uno.

—A almorzar, señores, á almorzar porque tenemos todavía algunas leguas por delante para llegar á la primera jornada.

Aquel almuerzo fué de lo más animado que puede darse.

La señora doña Refugio hablaba de vez en cuando haciendo resonar su buena voz entre todas, las que juntas levantaban sólo un murmullo.

Salvador había procurado no sentarse junto á Chona, pero sus miradas lo vendían, y Castaños, para quien no había secretos, pues su misión en el mundo era averiguar lo que hacen los demás, le dijo á su vecino, que era un joven filarmónico:

—¿Ha notado usted?

—¿Qué?

—Lo que pasa con Salvador.

—¡Vaya!

—Observe usted con disimulo, que yo haré por mi parte otro tanto y en seguida nos comunicaremos nuestras respectivas noticias.

—Así lo haré.

También Luisita, que en su modo de vivir se parecía mucho á Castaños, había comunicado sus observaciones á su vecina y

ya la curiosidad femenil estaba hincando el agudo diente en los asuntos de Salvador, que empezaba á ser una succulenta golosina para la crónica.

A pesar de lo respetable que era la comitiva no dejó de tocarse en la mesa la con-sabida conversación acerca de los ladrones pasando de los cuentos á las suposiciones y de éstas á la indagación formal sobre el estado del camino.

El dueño de la hacienda no vaciló en asegurar que todo estaba por allí seguro.

Terminado el almuerzo la comitiva no tardó en estar de nuevo instalada en los coches, que partieron uno tras otro escoltados siempre por el numeroso acompañamiento de jinetes.

Salvador, sentado frente á Chona, tenía ocasión para llamar la atención de su amada cada vez que los accidentes del terreno ó las hermosas perspectivas del camino valieran la pena de que Chona interrumpiera la grave conversación que sostenía con doña Refugio, quien en su calidad de mujer de

buena sociedad tenía siempre abundante materia para la conversación.

Sólo Carlos permanecía callado sin promover por su parte la conversación, y sólo contestaba con laconismo, aunque con atención, á las repetidas preguntas de doña Refugio.

Nada notable ocurrió durante la tarde, y á eso de las seis había logrado aquella caravana llegar al lugar en que se debía pasar la noche.

La cena fué tan animada como el almuerzo; y hasta allí no había ocurrido el menor contratiempo.

—El día ha sido feliz, dijo Castaños.

—Completamente feliz, contestó doña Refugio; no ha habido una sola jaqueca, al menos que yo sepa.

Después de la cena, y mientras se preparaban los respectivos departamentos para dormir, se introdujo cierto desorden en la reunión, pues algunas señoras quisieron disfrutar de la hermosura de la noche sentadas en las banquetas del patio de la casa;

algunas pasaron desde luego á las habitaciones, y otras, en fin, se paseaban á lo largo de un corredor.

Cerca de la puerta del patio de la casa, estaba doña Refugio hablando con dos señoras y dos caballeros, que de pié y frente á ellas, formaban un grupo.

Manténían una tranquila y agradable conversación, cuando notaron que en la puerta inmediata sonaban voces como de un altercado.

—¿Han notado ustedes? dijo doña Refugio.

—Sí, contestó uno de los caballeros, parece que riñen.

—Serán los criados, dijo una de las señoras.

Pero como las voces seguían, uno de los caballeros se adelantó hacia el zaguán para averiguar lo que pasaba.

Las cuatro personas del grupo quedaron pendientes y esperando alguna noticia; pero como ésta tardaba y el murmullo de voces continuaba, se levantaron también de sus asientos y se acercaron al zaguán.

—Es imposible, decía un hombre entreabriendo la puerta, esta noche hay huéspedes en la casa y no queda un solo rincón para nadie.

Una voz plañidera y triste resonaba por la parte de afuera implorando un albergue.

—Ya se ha dicho que no, dijo brusca-mente el portero.

—¿Quién es? preguntó con voz penetrante doña Refugio.

—Es una mujer que quiere entrar, contestó el portero.

—¿Y bien, dijo doña Refugio; ¿y por qué no se le permite?

El portero no contestó.

—¿Viene sola?

—Sí, señorita, dijo el portero, dice que viene cansada y que tiene miedo de dormir fuera.

—Abra usted, dijo doña Refugio.

El portero dejó caer la cadena y la puerta se abrió lo suficiente para que pudiera penetrar una persona.

—¡Mil gracias! dijo una voz, cuyo timbre

hirió de una manera particular los oídos de las personas que allí estaban.

—Esa voz, dijo muy bajo doña Refugio, no es la de una persona vulgar, y la manera de decir mil gracias revela que no es una mujer ordinaria.

—Efectivamente, dijo una de las señoras, no sé por qué, pero esa voz me ha conmovido.

—A mí también, dijo la otra.

—Acérquese usted, buena mujer, dijo doña Refugio.

Y avanzó hacia ella una especie de sombra, que cuando estuvo herida por la luz de la luna, que alumbraba todo el patio, le dió un nuevo realce y un nuevo interés.

Era una mujer profundamente pálida, de frente despejada y blanca; sus ojos, de un brillo particular, estaban hundidos en sus órbitas y en las líneas de la boca de aquella mujer había esa contracción especial de las personas que han sufrido por largo tiempo.

Fué tal la impresión que produjo aquella mujer en los circunstantes que guarda-

ron silencio por largo tiempo; nadie se atrevía á dirigirle la palabra y sólo la contemplaban de hito en hito, forjando cada cual para sí las mas extrañas leyendas.

Doña Refugio fué por fin quien rompió el silencio.

—¿Tiene usted necesidad de algo, señora? preguntó doña Refugio á la desconocida, no atreviéndose á llamarle por segunda vez *buena mujer*.

—De todo, murmuró la mujer con acento de tristeza, todo me falta, excepto Dios.

—Voy á mandar que le sirvan á usted.

—No, señora; mil gracias; sólo quiero un rincón donde descansar, y mañana continuaré mi camino.

—¿Va usted muy lejos?

—A la hacienda grande.

—Allá vamos todos y tal vez se proporcione que haga usted su viaje con mas comodidad. ¿Camina usted sola?

—¡Sola!... soy sola en el mundo.

—¡Pobre mujer! dijo una de las señoras muy quedo.

—¡Estoy dispuesta, dijo doña Refugio, á hacer por usted lo que pueda, si es que necesita usted de mis servicios.

—¡Señora, doy á usted un millón de gracias! ¡es usted muy buena! exclamó la mujer con acento de profunda gratitud embargado por las lágrimas.

Doña Refugio procuró atentamente que las personas que la acompañaban la dejaran sola con aquella mujer, quien por sus maneras y su modo de hablar, revelaba no ser una persona vulgar.

—Deben ustedes comprender, decía doña Refugio bajando la voz contra su costumbre, que al encontrarse esta mujer delante de cinco personas desconocidas, debe tener embarazo en confesar sus desgracias, pues según lo que parece se trata aquí de una persona muy desgraciada.

—¡Y usted es tan buena, señora doña Refugio, que estamos seguras, dijo una de las señoras, que va usted á...

—A hacer lo que pueda.

—En todo caso, dijo uno de los caballeros,

cuenta usted con nosotros para todo lo que se ofrezca, y por ahora nos retiramos para que usted pueda hablar libremente con esa desgraciada.

Doña Refugio se quedó sola con la desconocida.

Las demás personas de la comitiva habían ido entrando poco á poco á sus respectivas habitaciones, de manera que doña Refugio y la desconocida pudieron platicar libremente.

